

CURSO INICIAL 2020

TECNICATURA SUPERIOR EN TRABAJO SOCIAL

FILOSOFÍA

ESPACIO CURRICULAR: FILOSOFÍA

PROFESORA: PATRICIA PRADAS

CICLO LECTIVO 2020

ACTIVIDADES PARA CURSO INTRODUCTORIO DE 1° AÑO

Teniendo en cuenta que el ingreso al nivel superior representa un gran desafío que implica, no solo el conocimiento y adaptación a una nueva institución educativa, sino también la necesidad de adquirir prácticas propias de ámbitos académicos como leer, escribir y hablar en base a textos especializados, cuyo lenguaje en la mayoría de los casos resulta una actividad compleja, en este curso introductorio el espacio de filosofía se propone:

- elaborar actividades que brinden herramientas de lectura y estudio propias para el Nivel Superior
- generar un diagnóstico que permita optimizar las decisiones pedagógicas al interior de las instituciones formadoras

PRIMER ENCUENTRO

ACTIVIDADES:

- Presentación de docente y estudiantes.
- Indagación grupal de intereses y expectativas con respecto a la elección de la carrera.
- Todo el grupo, con la coordinación de la docente, intercambiar opinión sobre las siguientes preguntas:
¿hablamos y escribimos de la misma forma en todas las ocasiones?; ¿de qué forma leemos?; ¿qué intervenciones realizamos sobre el texto?; ¿elaboran textos preparatorios para exámenes?; ¿de qué manera?; ¿predomina la copia textual o la reformulación? ; ¿en los exámenes atienden a la forma en que escriben las respuestas?; ¿qué creen que cambia con respecto a la lectura en el Nivel Superior respecto del nivel secundario?

- Realización de una primera lectura exploratoria del fragmento de texto seleccionado: Las preguntas de la vida, de Fernando Savater, comenzando por título y subtítulos. ¿Qué creemos que se va a plantear en el texto? ¿Qué sabemos sobre ese tema? ¿Por qué es importante leer el título, recorrer los textos y anticipar contenidos antes de la lectura?
- SUBRAYADO DE IDEAS PRINCIPALES. Lectura del texto y, a medida que leen, subrayar la información que consideren más relevante. Socialización de los logros alcanzados hasta el momento, las fortalezas y dificultades con las que se encontraron.
- Se indicará que terminen la lectura del texto de manera domiciliaria y realicen las siguientes actividades:
 1. NOTAS MARGINALES. Anotar en el margen de cada párrafo una palabra clave o una frase que permita sintetizar lo que allí se trata. Estas marcas son importantes al enfrentarse a textos teóricos que requieren de varias lecturas para comprender conceptos nuevos o las relaciones que se establecen entre ellos porque ayudan a realizar una relectura orientada.
 2. *¿Qué relevancia tiene el conocimiento científico en la actualidad? ¿En qué se asemeja y en qué se diferencia del saber filosófico? Realizar un CUADRO COMPARATIVO.*

SEGUNDO ENCUENTRO

ACTIVIDADES:

- Indagación de lecturas domiciliarias y socialización de las actividades indicadas en el pizarrón.
- Discusión en grupos y resolución de las siguientes preguntas, en base al texto:
 - *¿Qué idea de filosofía sostiene el autor?*
 - *¿Cuál es el sentido del filosofar en la actualidad? Comparar con el artículo periodístico de Mariela Lanza, publicado el 20 de septiembre de 2018 en Página 12, tener en cuenta: ¿Cuáles son los debates actuales sobre la Filosofía? ¿Qué temas predominan en la investigación filosófica de hoy? ¿Cuáles son los grandes desafíos que enfrenta la disciplina en la actualidad? ¿Qué espacio ocupa la divulgación filosófica en nuestro país?*

Como cierre, de manera individual o grupal, se solicitará que realicen una reflexión sobre las siguientes cuestiones:

- ¿Qué se aprendió en el curso? ¿Qué se sabía? ¿Qué fue nuevo? ¿Qué se necesitó revisar de los conocimientos previos?
- ¿De qué manera se aprendió? ¿Fueron productivos los trabajos grupales, los intercambios en la clase, la ayuda del profesor/a? ¿Qué aspectos modificarían?
- ¿Para qué es útil este aprendizaje? ¿Cómo se podrían continuar estos aprendizajes?

TÉCNICAS DE ESTUDIO

ACTIVIDADES PARA CURSO INTRODUCTORIO DE 1° AÑO

SUBRAYADO DE IDEAS PRINCIPALES

El subrayado tiene tres objetivos fundamentales:

1. Apoyar la fase de lectura analítica
2. Servir de base para realizar la síntesis.
3. Recordar: se subrayan aquellos elementos que nos ayuden a recordar el contenido del tema. Se realiza en la segunda o tercera lectura.

NOS SERVIMOS DEL SUBRAYADO PARA DESTACAR LAS IDEAS MÁS IMPORTANTES DEL TEXTO O DEL TEMA A ESTUDIAR.

Pasos:

- Seleccionar lo fundamental tratando de localizar las ideas y aspectos más importantes y ver su encadenamiento lógico.
- Jerarquizar las ideas ya que no todas tienen la misma importancia. Hay que buscar ideas fundamentales, debiendo ir de lo general a lo particular.
- Para seleccionar y jerarquizar hay que subrayar las palabras clave de manera que, sólo leyendo lo subrayado, se conozca lo fundamental del tema.

Subrayar demasiado complica la labor de síntesis. Hay que tener en cuenta los objetivos que tenemos, la importancia del texto y de cada párrafo en particular y los conocimientos previos que ya tenemos sobre la materia. Como consejo, el texto subrayado no debe superar la cuarta parte del texto entero.

NOTAS MARGINALES

Es una técnica muy utilizada para hacer anotaciones en los márgenes de las hojas del libro. En ellas se expresa, con apenas un par de palabras, la idea fundamental del párrafo leído. Se trata de una técnica de estudio muy utilizada, junto con el subrayado para la lectura comprensiva y constituye el paso previo a la elaboración de esquemas. La nota marginal es realizada en el propio texto, lo que la hace accesible y práctica. Desarrolla en la persona, la capacidad de análisis y de síntesis. Es especialmente recomendable en los textos que no están subdivididos en capítulos y subtítulos. En los márgenes se pueden anotar: idea clave del párrafo; síntesis del

párrafo; un signo de pregunta, ideas que el párrafo nos sugiere y que requieran más investigación.

Pasos:

- Se realiza una primera lectura de acercamiento del texto.
- Luego se realiza una segunda lectura o lectura comprensiva, en el cual se va a requerir toda la atención del lector y poder de concentración.
- Se realiza previamente la técnica del subrayado.
- Y por último se analiza minuciosamente cada párrafo, escribiendo notas marginales para cada uno.

RESUMEN

Resumir un texto consiste en reducir de forma breve, clara y precisa el contenido esencial de un texto, eliminando todo lo accidental, secundario o accesorio. Se trata de redactar de nuevo el contenido abreviándolo, pero de modo objetivo, sin valoraciones, y usando las palabras propias del que resume, su propio lenguaje, no copiando o repitiendo las frases del texto original. Para elaborar un resumen conviene haber hecho antes una lectura profunda, un buen subrayado y esquema de ideas.

Pasos:

- Lee el texto tantas veces como sea necesario.
- Subraya las ideas que consideres relevantes.
- Haz un ejercicio de comprensión lectora y pregúntate lo siguiente: ¿He comprendido realmente lo que me dice el texto?
- Delimita las ideas principales y las secundarias.

Una vez realizados estos pasos se debe escribir un texto nuevo teniendo en cuenta las siguientes pautas:

- La extensión ideal de un resumen debe ser de, aproximadamente, un tercio del texto original.
- Un resumen no debe reflejar las interpretaciones personales de quien resume.
- El estilo del resumen debe ser narrativo y estar redactado con personalidad. De nada sirve copiar el estilo de redacción del texto original.
- El tiempo verbal del resumen debe ser siempre el mismo: tercera persona, voz activa y tiempo presente.

Ejemplo de resumen

El movimiento pictórico conocido bajo el nombre de Impresionismo se originó en París, Francia, a mediados del siglo XIX. Este movimiento surge cuando un grupo de 39 pintores se reunieron con el objetivo de desafiar a una importante exposición de pinturas que iba a celebrarse en el Salón oficial de París. “Sociedad Anónima de pintores, escultores y grabadores” fue el modo en que se autodenominó el grupo de pintores integrado por artistas como Claude Monet, Pierre-Auguste Renoir, Édouard Manet, Alfred Sisley, Edgar Degas y Camille Pissarro que expusieron un total de 75 obras en unas salas de exposición pertenecientes al fotógrafo Nadar. La originalidad del Impresionismo se encuentra, entre otras cosas, en no utilizar colores oscuros sino claros para de esta forma lograr transparencia y claridad. Además de esto, las pinturas se caracterizan por ser realistas, mostrando las cosas tal cual son captadas por la visión. Además, las pinceladas se caracterizan por ser cortas y con trazos poco delimitados.

❖ **Resumen:**

El movimiento pictórico llamado Impresionismo se originó en París a mediados del siglo XIX cuando 39 pintores decidieron desafiar una importante exposición de pinturas. Este grupo se autodenominó “Sociedad Anónima de pintores, escultores y grabadores” y su originalidad se encuentra en utilizar colores claros para lograr transparencia y claridad. Las pinturas resultan ser realistas y se utilizan pinceladas cortas y trazos poco delimitados.

CUADRO COMPARATIVO

Un cuadro comparativo es una herramienta muy útil para poder realizar, como su nombre lo indica, una comparación entre diversos elementos de un mismo tipo, enlistando cada una de sus características más importantes. El método para elaborar un cuadro comparativo es el mismo en casi todos los casos, pudiendo variar su apariencia. Existen dos tipos, el simple y el de doble entrada.

- **SIMPLE:** es un organizador de información, que permite identificar las semejanzas y diferencias de dos o más objetos o eventos, en dos o más columnas.
- **DE DOBLE ENTRADA:** también organiza la información de forma vertical y comparando pero permite identificar los aspectos de análisis. Es decir que señala los parámetros a comparar.

Pasos:

- Identificar los elementos que se desea comparar.
- Señalar los parámetros a comparar.
- Identificar las características de cada objeto o evento.
- Construir afirmaciones donde se mencionen los datos más relevantes de los elementos comparados.



FERNANDO SAVATER

LAS PREGUNTAS DE LA VIDA

CÍRCULO de LECTORES Barcelona: Ariel 1999

ADVERTENCIA PREVIA

El propósito de este libro es por un lado muy modesto y por otro desmesuradamente ambicioso.

Modesto porque se contentaría con servir como lectura inicial para alumnos de bachillerato que deben acercarse por primera -y quizá última- vez a los temas básicos de la filosofía occidental, planteados no de forma histórica sino como preguntas o problemas vitales. En este sentido, pretende atender fielmente aunque con cierto díscolo sesgo personal a las indicaciones sobre esta asignatura dictadas por las administraciones educativas.

Pero también desmesuradamente ambicioso, puesto que no renuncia a servir como invitación o proemio a la filosofía para cualquier profano interesado en conocer algo de esta venerable tradición intelectual nacida en Grecia. Sobre todo me dirijo a quienes no se preocupan tanto por ella sólo en cuanto venerable tradición sino como un modo de reflexión aún vigente, que puede serles útil en sus perplejidades cotidianas. No se trata primordialmente de saber cómo se las arreglaba Sócrates para vivir mejor en Atenas hace veinticinco siglos, sino cómo podemos nosotros comprender y disfrutar mejor la existencia en tanto contemporáneos de Internet, del sida y de las tarjetas de crédito.

Para ello, sin duda, tendremos que remontarnos en ocasiones hasta las lecciones de Sócrates o de otros insignes maestros pero sin limitarnos a levantar acta más o menos crítica de sus sucesivos descubrimientos. La filosofía no puede ser solamente un catálogo de opiniones prestigiosas. Más bien lo contrario, si atendemos por esta vez a la opinión «prestigiosa» de Ortega y Gasset: «La filosofía es idealmente lo contrario de la noticia, de la erudición¹». Desde luego la filosofía es un estudio no un puñado de ocurrencias de tertulia, y por tanto requiere aprendizaje y preparación. Pero pensar filosóficamente no es repetir pensamientos ajenos, por mucho que nuestras propias reflexiones estén apoyadas en ellos y sean conscientes de esta deuda necesaria. Ciertas introducciones a la filosofía son como tratados de ciclismo que se limitasen a recordar los nombres y las gestas de los vencedores del Tour de Francia. Me propongo intentar aquí enseñar a montar en bicicleta y hasta dar ejemplo pedaleando yo mismo, por lejos que estén mis capacidades de las de Eddy Merckx o Miguel Induráin.

Pero el lector tiene que intentar pedalear también conmigo o incluso contra mí. En estas páginas no se ofrece una guía concluyente de pensamientos necesariamente válidos sino un itinerario personal de búsqueda y tanteo. Al final de cada capítulo se propone un memorándum de cuestiones para que el lector repita por sí mismo la indagación que acaba de leer, lo que quizá le llevará a conclusiones opuestas. Nada más necesario que este ejercicio, porque la filosofía no es la revelación hecha por quien lo sabe todo al ignorante, sino el diálogo entre iguales que se hacen cómplices en su mutuo sometimiento a la fuerza de la razón y no a la razón de la fuerza.

En una palabra, léase lo que sigue como una invitación a filosofar y no como un repertorio de lecciones de filosofía. Pero ¿no son precisamente esas lecciones lo que cuadra dar en el bachillerato? Y ¿acaso no es un gran atrevimiento creer que uno puede guardar el tono accesible del que pretende ser comprendido por adolescentes sin dejar por ello de tratarles como iguales y sin renunciar tampoco a ser útil a otros lectores no menos neófitos pero adultos? Pues tal es mi atrevida pretensión, en efecto. Me reconforto recordando que, según el poeta surrealista René Crevel, «ningún atrevimiento es fatal».

1 Meditaciones del Quijote, de J. Ortega y Gasset, Madrid, Alianza Editorial.

INTRODUCCIÓN

EL POR QUÉ DE LA FILOSOFÍA

Árbol de sangre, el hombre siente, piensa, florece y da frutos insólitos: palabras.

Se enlazan lo sentido y lo pensado, tocamos las ideas: son cuerpos y son números.

OCTAVIO PAZ

¿Tiene sentido empeñarse hoy, a finales del siglo XX o comienzos del XXI, en mantener la filosofía como una asignatura más del bachillerato? ¿Se trata de una mera supervivencia del pasado, que los conservadores ensalzan por su prestigio tradicional pero que los progresistas y las personas prácticas deben mirar con justificada impaciencia? ¿Pueden los jóvenes, adolescentes más bien, niños incluso, sacar algo en limpio de lo que a su edad debe resultarles un galimatías? ¿No se limitarán en el mejor de los casos a memorizar unas cuantas fórmulas pedantes que luego repetirán como papagayos? Quizá la filosofía interese a unos pocos, a los que tienen vocación filosófica, si es que tal cosa aún existe, pero éstos

ya tendrán en cualquier caso tiempo de descubrirla más adelante. Entonces, ¿por qué imponérsela a todos en la educación secundaria? ¿No es una pérdida de tiempo caprichosa y reaccionaria, dado lo sobrecargado de los programas actuales de bachillerato?

Lo curioso es que los primeros adversarios de la filosofía le reprochaban precisamente ser «cosa de niños», adecuada como pasatiempo formativo en los primeros años pero impropia de adultos hechos y derechos. Por ejemplo, Cálleles, que pretende rebatir la opinión de Sócrates de que «es mejor padecer una injusticia que causarla». Según Calicles, lo verdaderamente justo, digan lo que quieran las leyes, es que los más fuertes se impongan a los débiles, los que valen más a los que valen menos y los capaces a los incapaces. La ley dirá que es peor cometer una injusticia que sufrirla pero lo natural es considerar peor sufrirla que cometerla. Lo demás son tiquismiquis filosóficos, para los que guarda el ya adulto Cálleles todo su desprecio: «La filosofía es ciertamente, amigo Sócrates, una ocupación grata, si uno se dedica a ella con mesura en los años juveniles, pero cuando se atiende a ella más tiempo del debido es la ruina de los hombres²». Cálleles no ve nada de malo aparentemente en enseñar filosofía a los jóvenes aunque considera el vicio de filosofar un pecado ruinoso cuando ya se ha crecido. Digo «aparentemente» porque no podemos olvidar que Sócrates fue condenado a beber la cicuta acusado de corromper a los jóvenes seduciéndoles con su pensamiento y su palabra. A fin de cuentas, si la filosofía desapareciese del todo, para chicos y grandes, el enérgico Cálleles partidario de la razón del más fuerte- no se llevaría gran disgusto...

Si se quieren resumir todos los reproches contra la filosofía en cuatro palabras, bastan éstas: no sirve para nada. Los filósofos se empeñan en saber más que nadie de todo lo imaginable aunque en realidad no son más que charlatanes amigos de la vacua palabrería. Y entonces, ¿quién sabe de verdad lo que hay que saber sobre el mundo y la sociedad? Pues los científicos, los técnicos, los especialistas, los que son capaces de dar informaciones válidas sobre la realidad. En el fondo los filósofos se empeñan en hablar de lo que no saben: el propio Sócrates lo reconocía así, cuando dijo «sólo sé que no sé nada». Si no sabe nada, ¿para qué vamos a escucharle, seamos jóvenes o maduros? Lo que tenemos que hacer es aprender de los que saben, no de los que no saben. Sobre todo hoy en día, cuando las ciencias han adelantado tanto y ya sabemos cómo funcionan la mayoría de las cosas... y cómo hacer funcionar otras, inventadas por científicos aplicados.

Así pues, en la época actual, la de los grandes descubrimientos técnicos, en el mundo del microchip y del acelerador de partículas, en el reino de Internet y la televisión digital... ¿qué información podemos recibir de la filosofía? La única

respuesta que nos resignaremos a dar es la que hubiera probablemente ofrecido el propio Sócrates: ninguna. Nos informan las ciencias de la naturaleza, los técnicos, los periódicos, algunos programas de televisión... pero no hay información «filosófica». Según señaló Ortega, antes citado, la filosofía es incompatible con las noticias y la información está hecha de noticias. Muy bien, pero ¿es información lo único que buscamos para entendernos mejor a nosotros mismos y lo que nos rodea? Supongamos que recibimos una noticia cualquiera, ésta por ejemplo: un número x de personas muere diariamente de hambre en todo el mundo. Y nosotros, recibida la información, preguntamos (o nos preguntamos) qué debemos pensar de tal suceso. Recabaremos opiniones, algunas de las cuales nos dirán que tales muertes se deben a desajustes en el ciclo macroeconómico global, otras hablarán de la superpoblación del planeta, algunos clamarán contra el injusto reparto de los bienes entre poseedores y desposeídos, o invocarán la voluntad de Dios, o la fatalidad del destino... Y no faltará alguna persona sencilla y cándida, nuestro portero o el quiosquero que nos vende la prensa, para comentar: «¡En qué mundo vivimos!». Entonces nosotros, como un eco pero cambiando la exclamación por la interrogación, nos preguntaremos: «Eso: ¿en qué mundo vivimos?».

No hay respuesta científica para esta última pregunta, porque evidentemente no nos conformaremos con respuestas como «vivimos en el planeta Tierra», «vivimos precisamente en un mundo en el que x personas mueren diariamente de hambre», ni siquiera con que se nos diga que «vivimos en un mundo muy injusto» o «un mundo maldito por Dios a causa de los pecados de los humanos» (¿por qué es injusto lo que pasa?, ¿en qué consiste la maldición divina y quién la certifica?, etc.). En una palabra, no queremos más información sobre lo que pasa sino saber qué significa la información que tenemos, cómo debemos interpretarla y relacionarla con otras informaciones anteriores o simultáneas, qué supone todo ello en la consideración general de la realidad en que vivimos, cómo podemos o debemos comportarnos en la situación así establecida. Éstas son precisamente las preguntas a las que atiende lo que vamos a llamar filosofía. Digamos que se dan tres niveles distintos de entendimiento:

- a) **la información**, que nos presenta los hechos y los mecanismos primarios de lo que sucede;
- b) **el conocimiento**, que reflexiona sobre la información recibida, jerarquiza su importancia significativa y busca principios generales para ordenarla;

c) la sabiduría, que vincula el conocimiento con las opciones vitales o valores que podemos elegir, intentando establecer cómo vivir mejor de acuerdo con lo que sabemos.

Creo que la ciencia se mueve entre el nivel a) y el b) de conocimiento, mientras que la filosofía opera entre el b) y el c). De modo que. no hay información propiamente filosófica, pero sí puede haber conocimiento filosófico y nos gustaría llegar a que hubiese también sabiduría filosófica. ¿Es posible lograr tal cosa? Sobre todo: ¿se puede enseñar tal cosa?

Busquemos otra perspectiva a partir de un nuevo ejemplo o, por decirlo con más exactitud, utilizando una metáfora. Imaginemos que nos situamos en el museo del Prado frente a uno de sus cuadros más célebres, El jardín de las delicias de Hieronymus Bosch, llamado El Bosco. ¿Qué formas de entendimiento podemos tener de esa obra maestra? Cabe en primer lugar que realicemos un análisis físico-químico de la textura del lienzo empleado por el pintor, de la composición de los diversos pigmentos que sobre él se extienden o incluso que utilicemos los rayos X para localizar rastros de otras imágenes o esbozos ocultos bajo la pintura principal. A fin de cuentas, el cuadro es un objeto material, una cosa entre las demás cosas que puede ser pesada, medida, analizada, desmenuzada, etc. Pero también es, sin duda, una superficie donde por medio de colores y formas se representan cierto número de figuras. De modo que para entender el cuadro también cabe realizar el inventario completo de todos los personajes y escenas que aparecen en él, sean personas, animales, engendros demoníacos, vegetales, cosas, etc., así como dejar constancia de su distribución en cada uno de los tres cuerpos del tríptico. Sin embargo, tantos muñecos y maravillas no son meramente gratuitos ni aparecieron un día porque sí sobre la superficie de la tela. Otra manera de entender la obra será dejar constancia de que su autor (al que los contemporáneos también se referían con el nombre de Jeroen Van Aeken) nació en 1450 y murió en 1516. Fue un destacado pintor de la escuela flamenca, cuyo estilo directo, rápido y de tonos delicados marca el final de la pintura medieval. Los temas que representa, sin embargo, pertenecen al mundo religioso y simbólico de la Edad Media, aunque interpretado con gran libertad subjetiva. Una labor paciente puede desentrañar -o intentar desentrañar- el contenido alegórico de muchas de sus imágenes según la iconografía de la época; el resto bien podría ser elucidado de acuerdo con la hermenéutica onírica del psicoanálisis de Freud. Por otra parte, El jardín de las delicias es una obra del período medio en la producción del artista, como Las tentaciones de san Antonio conservadas en el Museo de Lisboa, antes de que cambiase la escala de representación y la disposición de las figuras en sus cuadros posteriores, etc.

Aún podríamos imaginar otra vía para entender el cuadro, una perspectiva que no ignorase ni descartase ninguna de las anteriores pero que pretendiera abarcarlas juntamente en la medida de lo posible, aspirando a comprenderlo en su totalidad. Desde este punto de vista más ambicioso, El jardín de las delicias es un objeto material pero también un testimonio histórico, una lección mitológica, una sátira de las ambiciones humanas y una expresión plástica de la personalidad más recóndita de su autor. Sobre todo, es algo profundamente significativo que nos interpela personalmente a cada uno de quienes lo vemos tantos siglos después de que fuera pintado, que se refiere a cuanto sabemos, fantaseamos o deseamos de la realidad y que nos remite a las demás formas simbólicas o artísticas de habitar el mundo, a cuanto nos hace pensar, reír o cantar, a la condición vital que compartimos todos los humanos tanto vivos como muertos o aún no nacidos... Esta última perspectiva, que nos lleva desde lo que es el cuadro a lo que somos nosotros, y luego a lo que es la realidad toda para retornar de nuevo al cuadro mismo, será el ángulo de consideración que podemos llamar filosófico. Y, claro está, hay una perspectiva de entendimiento filosófico sobre cada cosa, no exclusivamente sobre las obras maestras de la pintura.

Volvamos otra vez a intentar precisar la diferencia esencial entre ciencia y filosofía. Lo primero que salta a la vista no es lo que las distingue sino lo que las asemeja: tanto la ciencia como la filosofía intentan contestar preguntas suscitadas por la realidad. De hecho, en sus orígenes, ciencia y filosofía estuvieron unidas y sólo a lo largo de los siglos la física, la química, la astronomía o la psicología se fueron independizando de su común matriz filosófica. En la actualidad, las ciencias pretenden explicar cómo están hechas las cosas y cómo funcionan, mientras que la filosofía se centra más bien en lo que significan para nosotros; la ciencia debe adoptar el punto de vista impersonal para hablar sobre todos los temas (¡incluso cuando estudia a las personas mismas!), mientras que la filosofía siempre permanece consciente de que el conocimiento tiene necesariamente un sujeto, un protagonista humano. La ciencia aspira a conocer lo que hay y lo que sucede; la filosofía se pone a reflexionar sobre cómo cuenta para nosotros lo que sabemos que sucede y lo que hay. La ciencia multiplica las perspectivas y las áreas de conocimiento, es decir fragmenta y especializa el saber; la filosofía se empeña en relacionarlo todo con todo lo demás, intentando enmarcar los saberes en un panorama teórico que sobrevuela la diversidad desde esa aventura unitaria que es pensar, o sea ser humanos. La ciencia desmonta las apariencias de lo real en elementos teóricos invisibles, ondulatorios o corpusculares, matematizables, en elementos abstractos inadvertidos; sin ignorar ni desdeñar ese análisis, la filosofía rescata la realidad humanamente vital de lo aparente, en la que transcurre la peripecia de nuestra existencia concreta (v. gr.: la ciencia nos revela que los árboles y las mesas están compuestos de electrones, neutrones, etc., pero la

filosofía, sin minimizar esa revelación, nos devuelve a una realidad humana entre árboles y mesas). La ciencia busca saberes y no meras suposiciones; la filosofía quiere saber lo que supone para nosotros el conjunto de nuestros saberes... ¡y hasta si son verdaderos saberes o ignorancias disfrazadas! Porque la filosofía suele preguntarse principalmente sobre cuestiones que los científicos (y por supuesto la gente corriente) dan ya por supuestas o evidentes. Lo apunta bien Thomas Nagel, actualmente profesor de filosofía en una universidad de Nueva York:

«La principal ocupación de la filosofía es cuestionar y aclarar algunas ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin pensar sobre ellas. Un historiador puede preguntarse qué sucedió en tal momento del pasado, pero un filósofo preguntará: ¿qué es el tiempo? Un matemático puede investigar las relaciones entre los números pero un filósofo preguntará: ¿qué es un número? Un físico se preguntará de qué están hechos los átomos o qué explica la gravedad, pero un filósofo preguntará: ¿cómo podemos saber que hay algo fuera de nuestras mentes? Un psicólogo puede investigar cómo los niños aprenden un lenguaje, pero un filósofo preguntará: ¿por qué una palabra significa algo? Cualquiera puede preguntarse si está mal colarse en el cine sin pagar, pero un filósofo preguntará: ¿por qué una acción es buena o mala?3».

En cualquier caso, tanto las ciencias como las filosofías contestan a preguntas suscitadas por lo real. Pero a tales preguntas las ciencias brindan soluciones., es decir, contestaciones que satisfacen de tal modo la cuestión planteada que la anulan y disuelven. Cuando una contestación científica funciona como tal ya no tiene sentido insistir en la pregunta, que deja de ser interesante (una vez establecido que la composición del agua es H₂O deja de interesarnos seguir preguntando por la composición del agua y este conocimiento deroga automáticamente las otras soluciones propuestas por científicos anteriores, aunque abre la posibilidad de nuevos interrogantes). En cambio, la filosofía no brinda soluciones sino respuestas las cuales no anulan las preguntas pero nos permiten convivir racionalmente con ellas aunque sigamos planteándonoslas una y otra vez: por muchas respuestas filosóficas que conozcamos a la pregunta que inquiere sobre qué es la justicia o qué es el tiempo, nunca dejaremos de preguntarnos por el tiempo o la justicia ni descartaremos como ociosas o «superadas» las respuestas dadas a esas cuestiones por filósofos anteriores. Las respuestas filosóficas no solucionan las preguntas de lo real (aunque a veces algunos filósofos lo hayan creído así...) sino que más bien cultivan la pregunta, resaltan lo esencial de ese preguntar y nos ayudan a seguir preguntándonos, a preguntar cada vez mejor, a humanizarnos en la convivencia perpetua con la interrogación. Porque, ¿qué es el hombre sino el animal que pregunta y que seguirá preguntando más allá de cualquier respuesta imaginable?

Hay preguntas que admiten solución satisfactoria y tales preguntas son las que se hace la ciencia; otras creemos imposible que lleguen a ser nunca totalmente solucionadas y responderlas -siempre insatisfactoriamente - es el empeño de la filosofía. Históricamente ha sucedido que algunas preguntas empezaron siendo competencia de la filosofía -la naturaleza y movimiento de los astros, por ejemplo- y luego pasaron a recibir solución científica. En otros casos, cuestiones en apariencia científicamente solventadas volvieron después a ser tratadas desde nuevas perspectivas científicas, estimuladas por dudas filosóficas (el paso de la geometría euclidiana a las geometrías no euclidianas, por ejemplo). Deslindar qué preguntas parecen hoy pertenecer al primero y cuáles al segundo grupo es una de las tareas críticas más importantes de los filósofos... y de los científicos. Es probable que ciertos aspectos de las preguntas a las que hoy atiende la filosofía reciban mañana solución científica, y es seguro que las futuras soluciones científicas ayudarán decisivamente en el replanteamiento de las respuestas filosóficas venideras, así como no sería la primera vez que la tarea de los filósofos haya orientado o dado inspiración a algunos científicos. No tiene por qué haber oposición irreductible, ni mucho menos mutuo menosprecio, entre ciencia y filosofía, tal como creen los malos científicos y los malos filósofos. De lo único que podemos estar ciertos es que jamás ni la ciencia ni la filosofía carecerán de preguntas a las que intentar responder...

Pero hay otra diferencia importante entre ciencia y filosofía, que ya no se refiere a los resultados de ambas sino al modo de llegar hasta ellos. Un científico puede utilizar las soluciones halladas por científicos anteriores sin necesidad de recorrer por sí mismo todos los razonamientos, cálculos y experimentos que llevaron a descubrirlas; pero cuando alguien quiere filosofar no puede contentarse con aceptar las respuestas de otros filósofos o citar su autoridad como argumento incontrovertible: ninguna respuesta filosófica será válida para él si no vuelve a recorrer por sí mismo el camino trazado por sus antecesores o intenta otro nuevo apoyado en esas perspectivas ajenas que habrá debido considerar personalmente. En una palabra, el itinerario filosófico tiene que ser pensado individualmente por cada cual, aunque parta de una muy rica tradición intelectual. Los logros de la ciencia están a disposición de quien quiera consultarlos, pero los de la filosofía sólo sirven a quien se decide a meditarlos por sí mismo.

Dicho de modo más radical, no sé si excesivamente radical: los avances científicos tienen como objetivo mejorar nuestro conocimiento colectivo de la realidad, mientras que filosofar ayuda a transformar y ampliar la visión personal del mundo de quien se dedica a esa tarea. Uno puede investigar científicamente por otro, pero no puede pensar filosóficamente por otro... aunque los grandes filósofos

tanto nos hayan a todos ayudado a pensar. Quizá podríamos añadir que los descubrimientos de la ciencia hacen más fácil la tarea de los científicos posteriores, mientras que las aportaciones de los filósofos hacen cada vez más complejo (aunque también más rico) el empeño de quienes se ponen a pensar después que ellos. Por eso probablemente Kant observó que no se puede enseñar filosofía sino sólo a filosofar: porque no se trata de transmitir un saber ya concluido por otros que cualquiera puede aprenderse como quien se aprende las capitales de Europa, sino de un método, es decir un camino para el pensamiento, una forma de mirar y de argumentar.

«Sólo sé que no sé nada», comenta Sócrates, y se trata de una afirmación que hay que tomar -a partir de lo que Platón y Jenofonte contaron acerca de quien la profirió- de modo irónico, «Sólo sé que no sé nada» debe entenderse como: «No me satisfacen ninguno de los saberes de los que vosotros estáis tan contentos. Si saber consiste en eso, yo no debo saber nada porque veo objeciones y falta de fundamento en vuestras certezas. Pero por lo menos sé que no sé, es decir que encuentro argumentos para no fiarme de lo que comúnmente se llama saber. Quizá vosotros sepáis verdaderamente tantas cosas como parece y, si es así, deberíais ser capaces de responder mis preguntas y aclarar mis dudas. Examinemos juntos lo que suele llamarse saber y desechemos cuanto los supuestos expertos no puedan resguardar del vendaval de mis interrogaciones. No es lo mismo saber de veras que limitarse a repetir lo que comúnmente se tiene por sabido. Saber que no se sabe es preferible a considerar como sabido lo que no hemos pensado a fondo nosotros mismos. Una vida sin examen, es decir la vida de quien no sopesa las respuestas que se le ofrecen para las preguntas esenciales ni trata de responderlas personalmente, no merece la pena de vivirse». O sea que la filosofía, antes de proponer teorías que resuelvan nuestras perplejidades, debe quedarse perpleja. Antes de ofrecer las respuestas verdaderas, debe dejar claro por qué no le convencen las respuestas falsas. Una cosa es saber después de haber pensado y discutido, otra muy distinta es adoptar los saberes que nadie discute para no tener que pensar. Antes de llegar a saber, filosofar es defenderse de quienes creen saber y no hacen sino repetir errores ajenos. Aún más importante que establecer conocimientos es ser capaz de criticar lo que conocemos mal o no conocemos aunque creamos conocerlo: antes de saber por qué afirma lo que afirma, el filósofo debe saber al menos por qué duda de lo que afirman los demás o por qué no se decide a afirmar a su vez. Y esta función negativa, defensiva, crítica, ya tiene un valor en sí misma, aunque no vayamos más allá y aunque en el mundo de los que creen que saben el filósofo sea el único que acepta no saber pero conoce al menos su ignorancia.

¿Enseñar a filosofar aún, a finales del siglo XX, cuando todo el mundo parece que no quiere más que soluciones inmediatas y prefabricadas, cuando las preguntas que se aventuran hacia lo insoluble resultan tan incómodas? Planteemos de otro modo la cuestión: ¿acaso no es humanizar de forma plena la principal tarea de la educación?, ¿hay otra dimensión más propiamente humana, más necesariamente humana que la inquietud que desde hace siglos lleva a filosofar?, ¿puede la educación prescindir de ella y seguir siendo humanizadora en el sentido libre y antidogmático que necesita la sociedad democrática en la que queremos vivir?

De acuerdo, aceptemos que hay que intentar enseñar a los jóvenes filosofía o, mejor dicho, a filosofar. Pero ¿cómo llevar a cabo esa enseñanza, que no puede ser sino una invitación a que cada cual filosofe por sí mismo? Y ante todo: ¿por dónde empezar?

Filosofía del presente

Cuatro especialistas de diferentes universidades nacionales reflexionan sobre diversas cuestiones que atraviesa la Filosofía en el presente: Guillermo Vega (UNNE), Alejandro Cerletti (UNGS), Elsa Ponce (UNCA) y Omar Quijano (UNCA).

Hoy, en un mundo habitado por el pluralismo, la diversidad y la multiplicidad, el universo de la Filosofía vive el desencanto de las teorías del siglo XX. Los conceptos clásicos y totalizadores ya no alcanzan para reflexionar sobre la complejidad y la heterogeneidad de nuestras sociedades actuales. Frente al fracaso de los argumentos y los presupuestos que tendían a las absolutizaciones, aparece la necesidad de otras formas de comprensión.

La Filosofía asume así el reto de elaborar otras categorías para pensar el presente, y en ese camino, se vuelve fundamental el diálogo con las preocupaciones actuales de la humanidad. Interrogantes sobre tecnologías de la información, interculturalidad, género, diversidad, bioética, subjetividades, democracia, descolonización, son sólo algunas de las problemáticas que también exigen la reflexión filosófica para colaborar con su clarificación.

Por otra parte, a nivel local la Filosofía también enfrenta el desafío de subsistir en escenarios donde se profundizan las políticas neoliberales. Frente a una lógica que gira en torno a criterios de rentabilidad y utilidad, se vuelve fundamental consolidar el lugar de la disciplina para brindar algunas pistas o poner en cuestión el sentido de nuestra existencia.

Si bien es cierto que para el desarrollo del país es importante fomentar las carreras científicas y tecnológicas, también lo es impulsar las humanidades en un contexto donde sólo parece favorecerse la racionalidad instrumental del mercado. Las profundas tensiones y contradicciones del mundo actual requieren indagar en el sentido de las mismas, y la Filosofía, junto con otras disciplinas, puede colaborar en esta labor.

Sin reflexión filosófica, sin conciencia histórica, sin memoria y sin pasado cultural, construiremos sociedades sin herramientas para someter a crítica lo que la época ofrece. Frente al escenario actual, uno de los grandes retos del sistema universitario es fortalecer también el estudio y la investigación filosófica, y de las humanidades en general.

Con el fin de profundizar acerca de estas cuestiones que atraviesa la Filosofía en la actualidad, Universidad entrevistó a cuatro especialistas destacados: Alejandro Cerletti, investigador docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), Guillermo Vega, director del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), y Elsa Ponce y Omar Quijano, integrantes del departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca (UNCA).

Ante un mundo que se revela diverso, plural y heterogéneo, la Filosofía ya no busca imponer una unidad articuladora para apropiarse de él y explicarlo. Frente a la complejidad de nuestras sociedades, ¿cuáles son los debates actuales sobre la Filosofía y cuáles son los temas que parecen predominar en la investigación filosófica de hoy?

-Guillermo Vega: Los debates actuales sobre la Filosofía giran alrededor de su especificidad y efectividad (...). Los filósofos no han dejado de enfrentarse y discutir el carácter técnico del

pensar. (...) Así como durante el siglo XIX la dialéctica hegeliana encontró un enemigo en la genealogía de Nietzsche, los debates actuales han enfrentado a heideggerianos con analistas lógicos, estructuralistas con personalistas, marxistas con deconstructivistas, etc., alimentando una larga lista de querellas que hace foco en el proceder de la Filosofía. A su vez, estas contiendas revelan otro aspecto de la preocupación actual sobre esta disciplina: su efectividad. Al menos desde la Tesis 11 sobre Feuerbach, la Filosofía ha asumido que debía hacer algo más que pensar el mundo, o, como mínimo, hacer algo por el mundo con eso que pensaba. (...) Las actuales reflexiones que van desde las teorías de la justicia hasta los problemas de la comunidad y lo común no son ajenas a esta impronta (...). Al lado de los temas clásicos, las preocupaciones autorales y demás lugares comunes de la disciplina, las inquietudes actuales de la investigación filosófica aparecen ligadas también a la tecnología, a la ética, a los problemas políticos de la vida en común, a los procesos de construcción de subjetividades, a la relación entre las democracias contemporáneas y las tecnologías de la información, etc.

-Alejandro Cerletti: En los últimos tiempos han cobrado relevancia los debates filosóficos sobre temas de interculturalidad, descolonización, género y sexualidades, migraciones, impacto y alcances de los medios masivos y las tecnologías informáticas, gubernamentalidad y biopoder, derechos humanos y ciudadanía, bioética, etc. La investigación filosófica se ha convertido en un ámbito de altísima especialización, por lo que sus líneas de indagación siguen caminos que son en su mayoría internos a la propia comunidad filosófica. De todos modos, los debates contemporáneos, digamos “extra filosóficos”, suelen ser revisitados por la Filosofía, transformándolos en fuentes de reflexión. En este sentido, los “debates actuales” son cada vez más recurrentes en la investigación formal.

-Elsa Ponce y Omar Quijano: Particularmente para Occidente, desde la última posguerra, la pregunta filosófica central ha sido qué le cabe esperar al ser humano en un mundo que él mismo ha puesto contra sí, contra aquello que había definido como su casa. En este sentido, los debates actuales sobre la Filosofía ponen sobre la escena los modos de construir conocimiento y el para qué se construye esos conocimientos. Así la Filosofía se vuelve críticamente hacia el lugar mismo desde donde se produce: la universidad o el ámbito académico. El campo de trabajo investigativo es vasto, recorre desde la reconstrucción de tradiciones especulativas, sus continuidades y rupturas en los saberes expertos hasta qué hay de fecundo en otras formas diversas del hacer filosófico (Filosofía para niños, Filosofía en las cárceles, Filosofía hecha por mujeres, Filosofía e imagen, etc.).

En el contexto actual, ¿cuáles son los grandes desafíos que hoy enfrenta la Filosofía?

-GV: Quizá los retos mayores que la Filosofía enfrenta están ligados al espacio en que teje su relación con las instituciones. (...) En el contexto de políticas de educación superior atravesadas por la impronta neoliberal de los últimos años, la Filosofía es una disciplina claramente deficitaria. No tiene una clara utilidad, no goza de un consenso amplio entre sus practicantes, ni de un “método”. Y estos asuntos se plantean una y otra vez a la hora de otorgar subsidios de investigación. En otras palabras, uno de los retos mayores estriba en cómo subsistir en un espacio universitario que poco a poco ha ido economizando fuertemente la lógica de la producción de conocimiento alrededor de un criterio eficientista.

El otro gran desafío pasa por poder instalar en el espacio público la necesidad de pensar ciertos temas “conflictivos”. Así como Nietzsche o Marx instalaron debates sobre los modos en que la religión construye subjetividades o el capitalismo produce ganancias a costa de la expropiación material de la vida, respectivamente, nuestra actualidad exige a la Filosofía poner el

pensamiento a funcionar en torno de los asuntos que nos inquietan. El reto no es tanto tener algo para decir sobre cuestiones de género, el aborto o el neoliberalismo, sino tener un lugar en el espacio público para poder hablar sobre tales cuestiones.

-AC: El reto que ha tenido y tiene siempre la Filosofía es pensar el presente, y estar a la altura de este desafío. No debe encerrarse exclusivamente en los claustros ni autolegitimarse sin tomar contacto con la “realidad” cotidiana. La expansión planetaria del capitalismo nos ha dejado un mundo en el que todo se ha mercantilizado. Estamos en un contexto que exalta el éxito personal, la competencia, la acumulación de bienes, el triunfo individual, etc. Estos son los “valores” dominantes. Vivimos agobiados, a ritmos enloquecedores. La Filosofía puede poner un freno, o una pausa, a esta vorágine irreflexiva en la que nos vemos arrojados, presionados y apurados. Debemos reconquistar el tiempo, ya que el tiempo del pensamiento es pausado y profundo. Darle un espacio a la Filosofía quizás nos permita justificar una vida que merezca ser vivida con alegría.

-EP y OQ: El desafío es pensar las formas de depredación de la vida humana y abrir interrogantes sobre los modos posibles de revertir la zozobra del mundo contemporáneo. Por lo tanto, plantearse cuáles son las herramientas de intervención con las que cuenta. Por otro lado, la Filosofía, como en general gran parte de las disciplinas o saberes de las ciencias humanas, está hoy atravesada por interpelaciones propias del mundo contemporáneo que la llevan a plantearse los límites de sus modalidades y sus posibilidades de diálogo con otras áreas, en la construcción de nuevos modos de conocimiento. Estudiar Filosofía hoy supone ser parte de este entramado que la orienta troncalmente a la interpretación crítica de esas interpelaciones y al desarrollo abierto de sus campos de investigación.

Por último, durante los últimos años la divulgación filosófica ha ganado protagonismo a partir de diferentes programas de televisión, publicaciones, conferencias, charlas, entre otras intervenciones. En ese sentido, ¿qué opinan del rol y el lugar que ocupa en nuestro país la divulgación filosófica?

-AC: En los últimos años, la divulgación filosófica ha evidenciado un enorme despliegue. Son muchos los espacios extra académicos en los que la Filosofía tiene un lugar protagónico. En formato televisivo, se pueden ver desde una serie que puso de moda a un peculiar profesor de Filosofía junto a sus estudiantes adolescentes, hasta clases filosóficas más tradicionales pensadas para un público amplio. También es habitual hallar en este medio presentaciones de las ideas de algunos filósofos o debates filosóficos entre personalidades destacadas. Se han sumado a esto algunos espectáculos teatrales y musicales en los que la Filosofía es la protagonista, y donde se invita a los asistentes a compartir sus modos de preguntar y pensar.

Por otra parte, ya son tradicionales los cafés filosóficos o los talleres de pensamiento en los que se reúne gente de diferente procedencia para compartir lecturas de algunos libros o abordar diferentes problemáticas desde una perspectiva filosófica, y cada vez son más habituales las secciones de Filosofía o de reflexión filosófica en programas de radio, revistas de interés general o diarios. Todo este despliegue “extramuros” universitarios de la Filosofía suele dar lugar a algunos cuestionamientos académicos que objetan el rigor o la seriedad de esa “Filosofía” puesta en juego, pero a los efectos prácticos de dar a conocerla, cumple su tarea con bastante eficacia.

EP y OQ: Hay experiencias interesantes que deben intensificarse. La Filosofía en Argentina y en nuestra región (propongo hablar en la clave del Norte Grande) ha hecho y hace esfuerzos por

dialogar con otros saberes. Hallamos publicaciones, cursos y espacios interdisciplinarios en las universidades y fuera de ellas, que muestran cierta vocación dialógica del hacer filosófico. La Filosofía ha ido asumiendo nuevos papeles a través de la extensión universitaria y otras experiencias de transferencia de conocimiento como los comités de ética de instituciones hospitalarias, las intervenciones formales en ámbito de defensa del medio ambiente, etc. Pero también se escucha la voz filosófica en otros ámbitos, más accesibles a la ciudadanía, esto es, programas televisivos y radiales, de alcance masivo, las redes sociales, el teatro, incluso. Sin embargo, es necesario una popularización mayor del quehacer filosófico, que contribuya a las reflexiones pendientes de la sociedad sobre su malestar y su porvenir.

GV: En los últimos años ha crecido la divulgación de la Filosofía de la mano de filósofos tales como José Pablo Feinmann o Darío Sztajnszrajber. Sus proyectos de divulgación fueron posibles no sólo por el trabajo que cada uno de ellos venía llevando a cabo, sino también porque desde el Estado se desarrollaba una política de difusión y formación cultural definida, a través de la producción de contenidos para el Canal Encuentro, por ejemplo. Programas culturales de este tipo o han desaparecido bajo la actual administración nacional o se han reconvertido en otras actividades tales como “La noche de la Filosofía”. Más allá de la índole de los actores, la exhibición del espectáculo del pensamiento es algo que no se ha detenido. (...) Creo que la divulgación es algo para festejar, pero en algún momento será imprescindible tomar distancia de la Filosofía en tanto objeto de consumo cultural para inscribirla en el espacio público y tasar su efectividad para una forma de vida democrática. Allí radica el mayor desafío de su relación con el espacio público.